

ACTO CUARTO

| | | | |
|---------------------------------------|----------------------------|----------------------------|--|
| LEONARDO (Sr. Díaz de Mendoza, F.) | IMPERIA (Sra. Guerrero) | EL SIGNORE (Sr. Carsti) | PRÍNCIPE MIGUEL ALEJANDRO (Sr. Medrano) |
|---------------------------------------|----------------------------|----------------------------|--|

ocultarle, simulando que se hallan poseídos de la más bulliciosa y legítima alegría.

Suenan los acordeones, manejados por los mismos bailarines y comienza la terrible danza, en la que torzosamente toma parte la infeliz Donina, reflejando en su rostro el estupor inmenso de que se halla poseída. El contraste es soberbio y la situación altamente conmovedora.

Preséntase la policía y ante el aparente contento que en la tasca reina, retírase presurosa sin abrigar la menor sospecha acerca del tremendo drama que allí acaba de desarrollarse.

Imperia y el poeta se encargan de hacer conducir sigilosamente el cadáver del príncipe al domicilio de la aventurera y termina el cuadro entre los frenéticos aplausos del emocionado auditorio, que durante largo rato no cesa de prodigar sus entusiastas ovaciones al autor de *La noche del sábado*.

Aquello es verdadero teatro, por más que alguien tache de sobrado artificiosa la situación de referencia y prefiera á toda aquella agitación escénica los tranquilos proce-

dimientos empleados en los anteriores cuadros.

El cuarto pasa en una de las habitaciones del palacio de Imperia. En una estancia inmediata yace el cadáver del príncipe, custodiado por el poeta Harry Lucenti. La aventurera recibe la visita del príncipe Miguel Alejandro, el cual notifica á su amada que el infante de Suavia, de cuyo nacimiento se habló en el primer cuadro de la obra, ha dejado de existir y que, deseoso el emperador de abdicar la corona, tendrá que sucederle en el trono el príncipe Florencio. Pero éste, como es natural, no parece por parte alguna, cuando de pronto se presenta el prefecto de policía, noticioso de la muerte del príncipe y conocedor del sitio donde se encuentra su cadáver.

Imperia no tiene más remedio que confesar la verdad, si bien logra atemorizar al prefecto con la amenaza de un escándalo entre personajes de alta posición que pudieran verse muy comprometidos á consecuencia de tan ruidoso acontecimiento.

El funcionario público cede y las cosas quedan, por de pronto, como si



ACTO QUINTO

| | | |
|--------------------------|---------------------------|----------------------------|
| DONINA (Srta. Blanco) | (Sr. Díaz de Mendoza, F.) | IMPERIA (Sra. Guerrero) |
| | LEONARDO | |

Fots. Candela



CORNAC (Sr. Barragán)

nada hubiese ocurrido en la venturosa región donde se sucede la acción de la obra.

El quinto cuadro pasa en el jardín del mismo palacio.

Imperia ha recogido á su hija y al truhán á quien ésta adora y vive con ellos y, al parecer, con el escultor Leonardo, de quien se ignora, en realidad, si ama ó no á la mujer que hoy es querida de un príncipe y que en otro tiempo fué modelo de un gran artista.

Donina descubre que su amante la aborrece y loca de dolor se retira cruelmente herida en lo más íntimo de sus afecciones.

A los pocos instantes presentase el príncipe Miguel Alejandro que por abdicación de su hermano y muerte de su sobrino Florencio, se ve precisado á aceptar el trono de Suavia. El emperador invita á Imperia á que le siga, concediéndole un breve plazo para decidirse.

La aventurera vacila ante el escultor, quien le aconseja que parta, haciendo caso omiso de sus afectos per-



UNO (Sr. Gil)

sonales, ó lo que es lo mismo, destruyendo la realidad que se opone á la realización de sus ambiciosos planes.

—¡Leonardo!— exclama Imperia.—¿Qué debo hacer? ¡Soy tu Imperia! ¡Tu idea! Dame tu voluntad. ¿Qué debo hacer?

LEONARDO.—Tu vida es tuya; tu voluntad es tuya... ¿No sabes dónde está tu vida?

IMPERIA.—Sí, mi vida es tu idea.. mi sueño... Iré, iré... Pero mi hija... ¿Dirás que duerme? ¡Quiero verla.

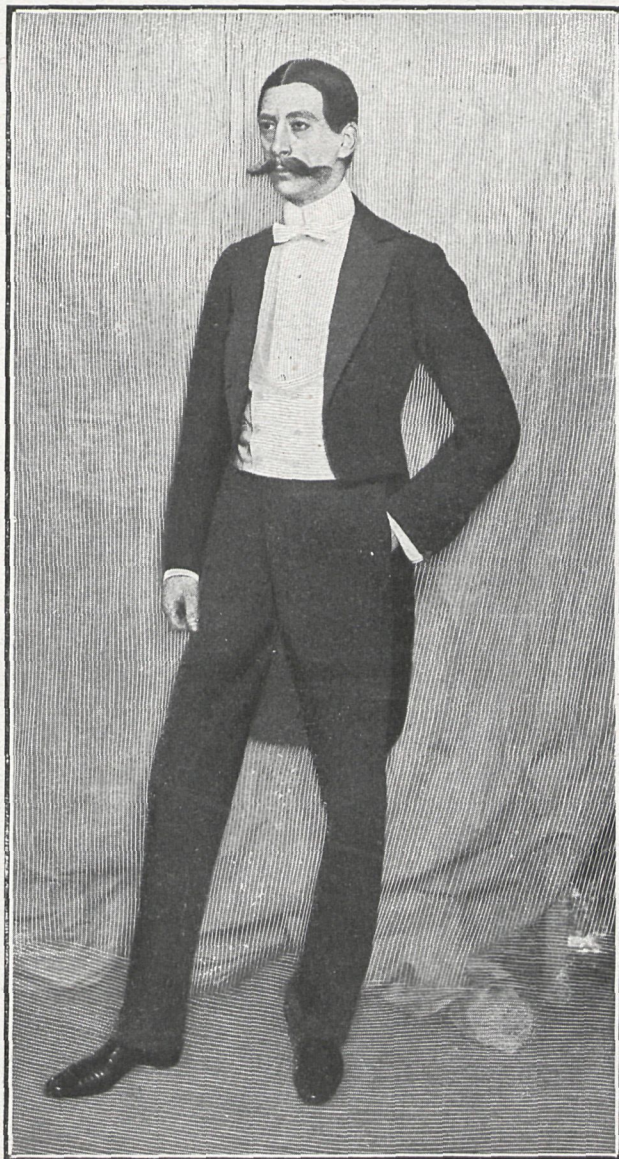
LEONARDO.—Te falta á valor.

IMPERIA.—No; quiero verla, quiero verla...

LEONARDO.—No te irás si la ves... ¡Imperia! ¡No irás, no irás!

(Retírase Imperia, Leonardo escucha, á poco vuelve Imperia.)

LEONARDO.—¡Imperia!
IMPERIA.—¡Duerme!



PRÍNCIPE FLORENCIO (Sr. Díaz de Mendoza, M.)

Fots. Franzen y Candela

Besé su frente y no se ha despertado.

LEONARDO.—¿Besaste su frente?

IMPERIA.—Debo partir... ¿Verdad, Leonardo?

LEONARDO.—Sí... Triunfa, Imperia... Es la idea que triunfa; pero antes dime... quiero saberlo.. ¿Cuándo besaste á tu hija?...

IMPERIA.—¿Qué quieres saber?

LEONARDO.—¿Su frente estaba fría?

IMPERIA.—Sí... ¿Quieres saberlo?... Estaba muerta... y no me detiene su muerte. ¿Te espanta?

LEONARDO.—Tu alma es grande... Me espantas y te admiro.

IMPERIA.—Para realizar algo grande en la vida, hay que destruir la realidad; apartar los fantasmas que nos cierran el paso... seguir como única realidad el



RUPÍ (Sr. Juste)



PIETRO (Sr. Soriano Biosca)

camino de nuestros sueños: hacia lo ideal, donde vuelan las almas en su noche del sábado... unas hacia el mal, para perderse en él como espíritus de las tinieblas; otras hacia el bien para vivir eternamente como espíritus de luz y de amor... ¡Adiós, Leonardo!

LEONARDO.—¡Adiós, Imperia!

IMPERIA.—Es el beso del alma que me diste; grande como tu idea.

Así termina la novela escénica, en cinco cuadros y en prosa, original de D. Jacinto Benavente, *La noche del sábado*, estrenada en el Teatro Español en la noche del 17 de Marzo de 1903.

De la interpretación de la obra serían pálidos cuantos elogios pudieran hacerse.

María Guerrero y Díaz de Mendoza admirables bajo todos conceptos, sin que haya necesidad de ensartar ahora una retahíla de adjetivos encomiásticos para reflejar el mérito extraordinario de su maravillosa labor artística.

Soberbia la Cancio en el desempeño del papel de Maestá, en el que se mostró verdade-

PRINCIPE MIGUEL ALEJANDRO (Sr. Medrano)
Fots. de Franzen y Candela

ramente inimitable. También merecen plácemes sinceros las señoras Martínez, Segura, Blanco y Bofill y los señores Díaz de Mendoza (Mariano), Medrano, Perrín, Carsi, Cirera y Guerrero y cuantos tomaron parte en la ejecución de la obra.

La lista de personajes es muy larga y sería prolija su completa enumeración.

Los principales intérpretes de *La noche del sábado* se presentaron muchas veces en escena al final de todos los actos, acompañados del autor de la flamante novela.

La noche del sábado, á pesar de sus defectos, oportunamente señalados por la crítica y de las empeñadas discusiones de que ha sido objeto, es sin duda alguna la producción que mayores provechos ha rendido al Español durante la temporada que acaba de terminar. El público, á quien seduce todo lo que es movimiento y enredo en el teatro, ha ocupado todas las localidades cuantas veces se ha representado *La noche del sábado*.

JOAQUÍN ARIMÓN



SRA. DOÑA ROSA VILA, EN «DOÑA INÉS DE CASTRO Ó REINAR DESPUÉS DE MORIR»

FOT. CANDELA



SRAS. NAYA Y VILA Y SRES. CADENAS, LLEÓ Y CALLEJA, AUTORES DE LA OBRA *Fot. Candela*

DOÑA INES DE CASTRO O REINAR DESPUES DE MORIR

ADAPTACIÓN LÍRICA EN TRES ACTOS DIVIDIDA EN CINCO CUADROS, POR JOSÉ JUAN CADENAS,
MÚSICA DE LOS MAESTROS CALLEJA Y LLEÓ,
REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO LÍRICO EL 16 DE MARZO DE 1903

UN poco tarde para tratar de nuevo el viejísimo tema de las refundiciones, no es, sin embargo, completamente inoportuno traerle ahora á cuento con ocasión de la última obra estrenada por la compañía de zarzuela, en el teatro Lírico. *Doña Inés de Castro* es una adaptación lírica de la famosa comedia de Luis Vélez de Guevara, el poeta ecijano, *Reinar después de morir*, y por ser lírica plantea un nuevo aspecto del problema que con haber sido debatido tantas veces, continua aún sin resolver. Lo que muchos censuran tratándose solo de adaptar obras antiguas al gusto y fórmulas de la dramaturgia moderna, puede no ser tan censurable, y aún parecer á todos plausible tratándose de hacer adaptaciones con fines puramente musicales.

Es evidente, en efecto, que si la zarzuela ó, dicho más al gusto de los músicos, la ópera cómica



DOÑA BLANCA DE NAVARRA (Sra. Naya) *Fot. Candela*

española puede tener de algún y en alguna ocasión vida patente y sana, ha de ser cuando los asuntos que sirvan de tema á libretistas y compositores, sean genuinamente españoles, engendrados ó nacidos en nuestra literatura clásica, y alimentados con el jugo poético de las obras de nuestros dramaturgos del siglo de oro; con esto, y tomando como fuente de inspiración musical los cantos populares en que tan rica es nuestra patria y la música religiosa atesorada en los archivos de nuestros grandes templos, podría llegarse á la zarzuela y aun á la ópera española; por cualquier otro camino que se siga no se conseguirá otra cosa que hacer pasar por arte propio ante los avisados, lo que no será ni reflejo más ó menos directo de un arte extraño é impropio, por consiguiente, de nuestro espíritu nacional.

En ninguna época ha sido el teatro de un pue-

blo tan perfecta reproducción del alma de él, como en el siglo de oro lo fué de la nuestra el teatro español: los dramas del autor de *La vida es sueño* se toman como interés de las cualidades de nuestra raza en aquel período y aún en dramas que, como *Reinar después de morir*, tienen asuntos tomados de leyendas exóticas, se ve á esas mismas cualidades sirviendo de esqueleto y obrando como móviles de los personajes extranjeros que en ellas intervienen. Todo el teatro de Calderón, y este más y mejor

que otro alguno, casi todo el de Lope y buena parte del de Rojas, del de Tirso de Molina, del de Guillen de Castro, del de Alarcón, del de Moreto y del de Vélez de Guevara, sería utilizable con facilidad y con provecho para nutrir nuestras escenas líricas, dando ancho campo á los maestros compositores, y si de ello cupiese duda bastaría con citar el *San Franco de Sena* que Arrieta tomó de Moreto, ó el *Don Lucas del Cigarral* que D. Tomás Luceño adaptó muy discretamente sin modificar demasiado la obra de Rojas; ambas zarzuelas lograron excelentes éxitos y aún los hubieran obtenido mejor si los mú-



DOÑA INÉS DE CASTRO (Sra. Vila) Y SUS HIJOS D. ALONSO Y D. DIONIS

sicos hubieran sabido compenetrarse con el espíritu de los libretos á que habían de servir y hubieran buscado inspiración para hacerlo en música tan castizamente española, como lo eran todos los personajes que habían de cantarla.

Cierto que esto no era fácil, ya que aquí han sido pocos, y aún sería mejor decir poquísimos los que se han cuidado de recoger y atesorar las inmensas riquezas que los cantos populares ofrecían y ofrecen, pero más cierto aún es que no era imposible, y que aún lo sería menos ya

que tan prudente labor comienza á ser realizada por músicos expertos, á quienes en la investigación de esos veneros de riqueza guía por igual la cultura y el buen gusto. Las *Canciones leonesas* publicadas no hace mucho por el maestro Villar y otras colecciones semejantes, son un admirable arsenal del que puede surgir potísima la música dramática verdaderamente española.

El señor D. José Juan Cadenas, literato culto y distinguido, ha hecho, pues, labor muy plausible con adaptar, convirtiéndola en zarzuela, la comedia famosa de Vélez de Guevara, y aún hará mejor





PRÍNCIPE DON PEDRO (Sr. Sagi-Barba)

en seguir por ese camino y en hacer labor idéntica con otras obras de nuestro teatro clásico, que como *Reinar después de morir*, ofrecen multitud de situaciones que pueden ser fácilmente aprovechadas por los músicos, dando lugar á que tales obras se popularicen y consiguiendo con ello que tan admirables dramas y comedias no sigan siendo patrimonio exclusivo de unos cuantos, sino por el contrario, manjar espiritual asequible á todos ó á casi todos.

Pero además hay que aplaudir al señor Cadenas el respeto con que ha realizado su trabajo, llevado hasta el punto de llenar con escenas de otras obras del mismo Vélez de Guevara, no obstante las dificultades de hacerlo la laguna que por necesidades del género lírico presentábanse en la obra. Este trabajo, que sólo podía realizar un erudito muy conocedor del teatro antiguo y, sobre todo, del teatro de Vélez de Guevara, que no es ni con mucho el más

vulgar, le ha realizado el autor de *Inés de Castro* muy hábilmente, y bastaría por sí solo para acreditar la firma del Sr. Cadenas, si ya no lo estuviera bastante.

Un relato sucinto del plan de la obra tal como ha quedado después de adaptada, bastará para hacer comprender cuán cierto es todo lo que queda dicho. Hele aquí.



Comienza la obra con un animado cuadro en la cámara del príncipe D. Pedro en el Palacio Real. Músicos y juglares distraen al príncipe y la fiesta termina



DOÑA INÉS DE CASTRO (Sra. Vila)

Fots. Candela